

LAUDES URBIS LUCRONII: ALABANZAS A LA CIUDAD DE LOGROÑO EN LOS SIGLOS DE ORO (1589-1633)

JOSÉ LUIS PÉREZ PASTOR

RESUMEN

Durante los Siglos de Oro, humanistas y escritores confeccionaron textos destinados a alabar las ciudades de la geografía española que les vieron nacer. Estas ciudades atesoraban para ellos numerosas virtudes históricas, arquitectónicas, patrióticas, religiosas, morales, etc. y podían proponerse como un modelo parangonable a otras localidades de mayor entidad. Para realizar dichas alabanzas, se recurrió al modelo que la Retórica, disciplina común en la formación de todo hombre de letras del período, proponía claramente desde tiempos de Quintiliano. En el caso de Logroño, pueden encontrarse tres ejemplos desde 1589 hasta 1633: la «Laudatio Lucronii» de Martín de Segura, la «Silva a Logroño» de Francisco López de Zárate y el *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño* de Fernando Albia de Castro.

Palabras clave: Logroño, alabanza, Siglos de Oro, Martín de Segura, Francisco López de Zárate, Fernando Albia de Castro.

During the Renaissance and the Baroque in Spain, scholars and writers developed texts to praise the cities in which they were born. For them, these cities held many historical, architectural, patriotic, religious, and moral virtues, and, therefore, they could be proposed as a reference equal in reputation as other cities of larger importance. To write such praises, they followed a pattern clearly set since the times of Quintilian by the Rhetoric, common discipline in the training of the humanists of the period. In the case of Logroño, three examples can be found from 1589 to 1633: the «Laudatio Lucronii» of Martín de Segura, the «Silva Logroño» of Francisco López de Zárate and the Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño of Fernando Albia de Castro.

Keywords: Logroño, praise, spanish Renaissance, spanish Baroque, Martín de Segura, Francisco López de Zárate, Fernando Albia de Castro.

Los Siglos de Oro, y más concretamente el arco temporal correspondiente al Barroco, son una época proclive a la paradoja, abundante en la antítesis e incluso –en ocasiones– tendiente al oxímoron. En la España de aquellos años, la complejidad histórica, social y moral –en la que no hay que olvidar la «vuelta de tuerca» que supuso la Contrarreforma– se proyectó sobre una estética expresiva igualmente densa en su composición con la que tuvo no pocas interacciones y quiasmos. Así, por ejemplo, el profesor Jaime Siles nos da una acertada definición del periodo en los siguientes términos:

el Barroco español es un paso atrás dado hacia adelante: en él se prefiguraron no pocas de las obsesiones del Romanticismo alemán, al que prelude y antecede. Porque, si el Barroco español interesa por algo, es, sobre todo, por su heteróclita modernidad: una modernidad adelantada y a destiempo, atraída por la nostalgia de lo medieval, pero fundamentada en el sistema lingüístico y en las teorías literarias del Renacimiento, etc.¹

Desde este punto de vista, todo podía ser una cosa y su contraria sin necesidad de exclusión, sino de una forma inmersa en un contrapuntístico juego de hallazgos expresivos. Por ello, descendiendo un poco al tema que ocupará estas páginas, no debería resultar extraño que junto al extendido cultivo del tópico del «menosprecio de la corte y alabanza de la aldea», cifrado en su expresión más conocida por Antonio de Guevara,² conviviera una corriente textual en la que los humanistas desgranaron su habitual despliegue retórico en pos del encomio de sus lugares natales. El orgullo patrio propio de estos siglos se canalizaba así en un orgullo hacia la patria chica que, aunque no se correspondiese con la grandeza de la corte, tampoco se identificaba exactamente con la aldea, sino que, a medio camino, se situaba en un justo medio entre las bondades de ambas. De esta forma, las distintas ciudades españolas, florecidas durante la Edad Media y dignificadas urbanísticamente a lo largo del Renacimiento, se presentaban como unos lugares en los que la vida podía seguir las apacibles sendas de la *aurea mediocritas* al mismo tiempo que disfrutaban de la industriiosidad y monumentalidad de los núcleos de población más destacados.

La bonanza de las ciudades permitía el parejo desarrollo de la cultura y la formación de los humanistas que fueron también floreciendo en ellas. Y serán precisamente estos humanistas los que se preocuparon de justificar documentalmente la importancia de sus lugares, ya fuera por puro amor a las calles que transitaban en vida, ya fuera para reivindicarlas y parangonarlas con otras localidades de mayor importancia, ya fuera para dar muestra local de su erudición y, de paso, ganar o agradecer alguna prebenda o algún tipo de pago por su trabajo intelectual. A lo largo de los dos Siglos

1. Cfr. Siles, J., «De la lira a la silva», en *Paraíso cerrado. Poesía en lengua española de los siglos XVI y XVII*, eds. J. M^a Mico et. al., Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2003, p. 12.

2. Cfr. Guevara, A. de, *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, Madrid: Juan de Villaquirán, 1539.

de Oro, podemos rastrear, primero en latín y después en castellano, desde la *Oratio luculenta de laudibus Valentiae* (1505) de Alonso de Proaza y la *Oratio de laudibus Alcagnicii* (1506) de Juan Sobrarias,³ numerosas obras de alabanza a distintas ciudades de nuestra geografía hispana: Toledo, Sevilla (ésta en varias ocasiones), Ávila, Cádiz, Murcia, Jaén, Arellano, Cuenca, Astorga, Segovia, Zaragoza...⁴ Como puede colegirse por el título de estas páginas, la ciudad de Logroño recibió igualmente ese tipo de atención textual y erudita.

En lo tocante a la esta ciudad, podemos encontrar tres textos laudatorios en poco menos de medio siglo (1589-1633), procedentes de otros tantos autores: en primer lugar la «Laudatio Lucronii» que el profesor de retórica Martín de Segura incluye en su *Rhetorica institutio* (1589); en segundo lugar la «Silva a Logroño» que compuso el poeta Francisco López de Zárate –más conocido por el apelativo de «el caballero de la rosa»–, publicada junto con sus *Varias poesías* (1619); y, por último, el *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño* (1633), escrito por el historiador, militar y pensador político Fernando Albia de Castro.

Tanto en estos casos, como en todos los anteriormente mencionados, los humanistas se encontraban ante el reto emulativo de referirse a un objeto de estudio perteneciente a su más estricta contemporaneidad desde un enfoque conceptual –el Humanismo– que necesariamente debía mantener una suerte de diálogo con los modelos y tópicos legados por la antigüedad grecolatina, con cuya búsqueda sintonía –precisamente– podía elevarse y prestigiarse la nueva realidad que conformaban las nuevas ciudades postrenacentistas. Como en otras facetas de la labor intelectual del período, la orientación para esta necesidad la proporcionaba el marco formativo integral que representaba la Retórica, referencia ineludible en el período para toda operación de composición textual, desde un mero discurso expositivo hasta asuntos más relacionados con la creación literaria. El maestro salmantino Baltasar de Céspedes, decía a tal efecto en su *Discurso de las letras humanas* (1600), que aquél que quisiera dedicar su vida a los estudios humanísticos «*ha de saber la Retórica perfectísimamente*».⁵

3. Sobre estas dos primeras muestras en lengua latina de alabanzas a ciudades españolas, cfr. Sobrarias, J., *Alabanzas de Alcañiz: discurso del alcañizano Juan Sobrarias pronunciado ante el senado de la villa en el año del Señor de 1506*, ed. José María Maestre Maestre, prólogo Luis Gil, Alcañiz-Cádiz: Instituto de Estudios Humanísticos-Instituto de Estudios Turolenses-Universidad de Cádiz, 2000.

4. José Simón Díaz ofrece una relación de autores que dedicaron sendas obras a la alabanza de estas ciudades en su edición del *Memorial* de Albia de Castro. Cfr. Albia de Castro, F., *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*, ed. J. Simón Díaz, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1953, p. XXI, n. 1. En este artículo citaremos por esta edición, cuya ortografía regularizaremos según los usos actuales.

5. Cfr. Andrés, G. de, *El maestro Baltasar de Céspedes, humanista salmantino y su Discurso de las letras humanas, también llamado El Humanista. Estudio biográfico y edición crítica*, Madrid: Real Monasterio de El escorial, 1965, p. 241. Una visión sin-

Dentro de este ámbito de lo retórico, la referencia fundamental es la *Institutio Oratoria* de rétor calagurritano Marco Fabio Quintiliano, obra que supone la máxima compilación y sistematización de esta disciplina la Antigüedad. En ella, dentro de la modalidad de los discursos demostrativos (género retórico dedicado a la alabanza o vituperación), puede encontrarse una clara indicación sobre cómo construir un texto laudatorio dirigido a una ciudad, así como el repertorio de tópicos al cual debe acudir para ello. A saber:

Laudantur autem urbes similiter atque homines. Nam pro parente est conditor, et multum auctoritatis adfert vetustas, ut iis qui terra dicuntur orti, et virtutes ac vitia circa res gestas eadem quae in singulis: illa propria quae ex loci positione ac munitione sunt. Cives illis ut hominibus liberi sunt decori.

Est laus et operum, in quibus honor utilitas pulchritudo auctor spectari solet: honor ut in templis, utilitas ut in muris, pulchritudo vel auctor utrubique. Est et locorum, qualis Siciliae apud Ciceronem: in quibus similiter speciem et utilitatem intuemur, speciem maritimis planis amoenis, utilitatem salubribus fertilibus. Erit et dictorum honestorum factorumque laus generalis, erit et rerum omnis modi.

*Nam et somni et mortis scriptae laudes et quorundam a medicis ciborum. Itaque, ut non consensi hoc laudativum genus circa solam versari honesti quaestionem, sic qualitate maxime contineri puto, quamquam tres status omnes cadere in hoc opus possint, iisque usum C. Caesarem in vituperando Catone notaverit Cicero. Totum autem habet aliquid simile suasoriis, quia plerumque eadem illic suaderi, hic laudari solent.*⁶

Quintiliano, como puede comprobarse en el pasaje citado, presenta una consideración prosopopéyica de las ciudades al establecer un parangón entre éstas y los seres humanos en tanto a los elementos de la respetabilidad de su linaje (antigüedad, personas que la fundaron y la habitaron), la calidad de sus elementos constitutivos (fortaleza, belleza y utilidad de sus edificaciones), o en cuanto a sus virtudes (amenidad y salubridad de su situación, feracidad de sus campos, etc). Igualmente, Quintiliano señala que Cicerón ya indica que esta suerte de discursos encaminados a ensalzar lugares sobrepasan muchas veces el ámbito de lo demostrativo y adquieren

tética del panorama integrador que desarrollaba la retórica en el ámbito de la creación de textos puede encontrarse en **¡Error! Sólo el documento principal.** Pérez Pastor, J. L. y J. Sáenz Herrero, «Retórica y poética: dos disciplinas convergentes en la tradición humanística», en *'Pectora Mulcet' Estudios de Retórica y Oratoria latinas*, eds. T. Arcos Pereira et al., Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2009, vol. 2, pp. 869-880. Para una historia del despliegue de la Retórica más allá de sus coordenadas históricas originales, cfr. el también clásico estudio de Kennedy, G. A., *La Retórica clásica y su tradición cristiana y secular desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2003.

6. Cfr. Quintiliano, *Institutio Oratoria*, III, 7, 26-28.

a veces matices propios de los otros géneros, como por ejemplo del tono de recomendación de algo propio del discurso deliberativo.⁷

El profesor Antonio Ramajo Caño se ha aproximado al uso de este prontuario de *res laudandae* durante los Siglos de Oro para comprobar cómo, efectivamente, estos elementos pueden encontrarse no sólo en textos de autores clásicos latinos, sino también en nuestros propios clásicos áureos como Garcilaso de la Vega, Fernando de Herrera, Luis de Góngora, Lope de Vega, los dos hermanos Argensola, Juan de Arguijo, Vicente Espinel...⁸ En su trabajo, este estudioso, señala que precisamente a partir de la obra de otro «riojano *avant la lettre*» como es el *Peristephanon* de Aureliano Prudencio podemos rastrear la adición a este elenco de motivos de una razón de alabanza más, como es el honor de haber contado en la ciudad sujeta a alabanza con la presencia de algún mártir de la fe.⁹ Añadido este elemento propio de la era cristiana a la tradición recibida por los humanistas, la alabanza constituida en los términos expuestos podía adquirir –eso sí– diversos enfoques según los propósitos de cada autor:

El tópico de laudes inserta la vida en un espacio geográfico, en el que capta, de acuerdo con los diferentes autores, diversas modulaciones [...]: el rincón acogedor para sobrellevar la vida y esperar la muerte; el territorio patrio que reúne, en síntesis, todas las gracias del universo, territorio que, preñado de vitalidad, está presto a expandirse por otras geografías; la ciudad o la comarca de la que el alma desgarrada ha de alejarse; el suelo bendecido por la sangre martirial.¹⁰

Así, por ejemplo, la mencionada *Oratio Laudibus Alcagnicii* (1506) del alcañizano Juan Sobrarias, que apareció incluida en un libro de poemas latinos que las autoridades del municipio habían costeado al autor, presenta –sucesivamente– palabras de halago a dicha villa aragonesa a tenor de su ubicación, sus orígenes históricos y etimológicos; la benignidad de su cielo y de sus aires; lo imponente y efectivo de sus murallas; lo hermoso de sus templos; la piedad de sus habitantes; la magnificencia de sus edificios, mansiones, pórticos y calles; lo imponente de su castillo; la solidez del puente sobre el río; la fecundidad de su agro y laboriosidad de sus agricultores; lo valioso de sus productos (olivas, azafrán, miel); sus bosques, la caza que

7. En este sentido, puede comprobarse que el uso que los humanistas hacen del modelo participa igualmente tanto de los mencionados géneros demostrativo y deliberativo como del género judicial, en la medida en que estos discursos de alabanza de ciudades concretas están motivados en ocasiones por la defensa de determinadas tesis, como sucede en el caso del *Memorial* de Albia de Castro, op. cit., que explícitamente reclama el uso efectivo del voto a Cortes por parte de la ciudad de Logroño tal como había sido concedido en el pasado por el monarca don Juan II de Castilla en 1431.

8. Cfr. Ramajo Caño, A. «Notas sobre el tópico de 'laudes' (alabanzas de lugares): algunas manifestaciones en la poesía áurea española», *Bulletin Hispanique* 105 n° 1 (2003), pp. 99-117.

9. *Ibid.*, p. 104.

10. *Ibid.*, p. 114.

puede encontrarse en ellos; para terminar alabando la valía intelectual de muchas de sus gentes en diferentes ámbitos, así como la belleza de sus mujeres.¹¹ Como puede comprobarse en tal somero recorrido por el contenido de este discurso, la adecuación al modelo descrito por Quintiliano es perfectamente reconocible.

Definido en estos términos el marco de creación sobre el tema desde sus orígenes, y vistas las características de su despliegue en los Siglos de Oro, perfectamente identificables desde las primeros títulos áureos dedicados a la alabanza de lugares, podemos esperar –lógicamente– encontrar también un seguimiento de dicho esquema en los tres textos sobre la ciudad de Logroño que hemos señalado.

El primero de ellos aparecía inserto en la *Rhetorica institutio* de Martín de Segura. Este autor, al parecer, era natural de la localidad riojana de Matute, tal como puede deducirse del gentilicio «Matutensis» con el que acompañaba su nombre en las portadas de sus libros.¹² Fue apreciado profesor de retórica en la Universidad Complutense, donde coincidió con el también tratadista Juan de Guzmán¹³ y produjo, principalmente, dos obras dedicadas a la exposición sumaria de sus conocimientos sobre gramática y retórica, la *Grammatica institutio* (1580) y la mencionada *Rhetorica institutio* (1589).¹⁴

En la segunda de estas obras, Martín de Segura desarrolla un manual de retórica de corte ciceroniano en el que hace especial hincapié en la puesta en práctica de la teoría expuesta, de tal suerte que abunda en la introducción de discursos ejemplificatorios de las explicaciones que va desgranando. Será precisamente en uno de estos textos donde encontremos la primera alabanza a la ciudad de Logroño de las tres a las que nos referiremos en este artículo.

Independientemente del seguimiento del modelo de Cicerón en la organización de esta obra, la estela de Quintiliano queda patente desde el

11. Cfr. Sobrarias, J., op. cit.

12. En este mismo pueblo nació en 1589 el humanista Esteban Manuel de Villegas, estuviera más vinculado a la localidad de Nájera, donde residió la mayor parte de su vida. En cuanto a Miguel de Segura, hay que señalar que Nicolás Antonio lo hace oriundo de Madrid, interpretando «Matutensis» por «Matritensis». Cfr. Antonio, N., *Bibliotheca Hispana Nova*, Madrid: Juan de Ibarra, 1783, vol. 2, p. 111.

13. Sobre la consideración de Martín de Segura como profesor de retórica entre sus alumnos y su celo a la hora de cumplir con su oficio, cfr. Pérez Custodio, M^a V., «Sobre los ingresos de los catedráticos de retórica de Alcalá en la segunda mitad del XVI», *Calamus renascens* 1 (2000), pp. 277-298. Por otra parte, podemos encontrar una sintética valoración de su obra, entre otras consideraciones sobre su relación con Juan de Guzmán en Merino Jerez, L., «El Brocense en la *Rhetórica* de Juan de Guzmán (Alcalá de Henares, 1589)», *Anuario de estudios filológicos* 25 (2002), pp. 297-313.

14. Cfr. Segura, M. de, *Grammatica institutio*, Alcalá de Henares: Ioannes Iñiguez a Lequerica, 1580; y *Rhetorica institutio*, Alcalá de Henares: Ioannes Iñiguez a Lequerica, 1589.

propio título de la misma y muchas de las consideraciones son claramente un resumen de las partes correspondientes de la *Institutio oratoria*. Así, en cuanto al tema que nos ocupa, podemos encontrar en las primeras páginas de la *Rhetorica institutio*, a la hora de tratar sobre los distintos *loci* que debe recoger una *laudatio* referida a una ciudad, se dice lo siguiente: «Urbes laudantur a conditore, a vetustate, a situ, a fertilitate, a salubritate, a civibus, a legibus.»¹⁵

Los lugares comunes, dentro de la concepción orgánica del arte retórica y de la práctica habitual de la erudición humanística, son recurrentes en su uso, y cuando en ellos se establece alguna equivalencia, ésta puede ser recorrida en sentido inverso, de tal manera que si una de las formas de mostrar aprecio por una ciudad es traer a colación a sus fundadores o a sus personalidades más destacadas a lo largo de la Historia, una de las formas de alabar a una persona concreta, consecuentemente, es vincularla a una ciudad de cuyo prestigio pueda heredar un vinculante renombre. Por ello, Martín de Segura, más adelante de su tratado, señala que una de las vías de alabar a una persona es elogiar su lugar de origen. Es entonces cuando introduce uno de los discursos de ejemplo a los que nos referíamos más arriba, titulado «Laudatio Lucronii»:

*Hic vir Lucronii natus est, quae urbs pulcherrima et amenissima finibus Riojensis provinciae continetur. Ibero amne, septentrionem versus, alluitur, ex quo praeter molas frumentarias civitati et populis finitimis utilissimas, rivi magnis canalibus derivati, hortos, vineta late patentia irrigant, agros etiam fertiles et oblimatos relinquunt, ut soli ubertate et fructum magnitudine, vini copia quod in alias regiones exportatur assidue, urbes etiam locupletissimas superet. Ornatur etiam pulchris et magnificis templis, aedibus ad venustatem et elegantiam structis, callibus spatiosis et directis, tectorum altitudine, descriptione et aequabilitate iucundissime locum occupante, ut oculi teneantur suspensi et vix possit longitudo eorum aspectu terminari. Cives vero fidelitatis, ingenii, animi, cultus civilis et humanitatis magnam sustinent expectationem: consilio et armis multum praestiterunt, maxime vero cum Gallorum, qui signis infestis in Castellam invaserant, et nobis ruinam et vastitatem minabantur, audaciam ac impetum, duce extincto, fortiter et sapienter nostris temporibus represserunt.*¹⁶

En esta loa latina, como puede verse, se mencionan varios de los elementos del modelo retórico propuesto por Quintiliano: lo oportuno de la localización, la bondad de tener un caudal como el del Ebro cerca, la feracidad de los campos, y el éxito de los productos del agro, la belleza y grandiosidad de los templos, la amplitud de las avenidas urbanas, la altura de sus edificaciones, así como la cultura, la industriosidad y la virtud de los ciudadanos que la habitan. A este respecto, el discurso termina con una encomiástica referencia al episodio de la resistencia logroñesa frente

15. Ibid., fol. 14r.

16. Ibid., fols. 81v-82r. José Simón Díaz, en su edición del *Memorial* de Albia de Castro (op. cit., p. 56, n. 1) recoge también el texto de esta loa a tenor de la mención que realiza el propio Albia de Castro del nombre de Martín de Segura.

al cerco del ejército francés en 1521, que –a falta de la presencia de un mártir– será elemento recurrente en toda alabanza posterior de esta ciudad. Del episodio se destaca la fortaleza y la sabiduría con la que los logroñeses reprimieron tal ataque.

El texto tiene como remate final una serie de palabras clave que ayudan a repasar su contenido. En ellas se hace patente la presencia de los «ingredientes» requeridos por el tema: «Amnis, vineta, agri, cives, adiuncta quae circumstant, fructus, vinum; effecta, fidelitas, consilium, humanitas insunt civibus»¹⁷. Puede decirse que, en su brevedad, la *Laudatio* de Martín de Segura contiene en esencia todas las referencias concretas resultantes de la aplicación del patrón al referente real de la ciudad de Logroño.

La segunda de las alabanzas de la terna que recogemos en estas páginas es la «Silva a Logroño», del logroñés Francisco López de Zárate (c. 1580-1658), también conocido por el sobrenombre de «el caballero de la rosa». Procedente de una familia bien situada social y económicamente, llegó a trabajar a las órdenes del Duque de Lerma. En Madrid tuvo también intenso trato con los círculos intelectuales y poéticos, como la Academia de Francisco de Medrano, en los que fue muy apreciado.¹⁸ Desde ese puesto relevante del más que estimable elenco de autores de segunda fila de su tiempo, López de Zárate desplegó en su obra con brillantez las formas y los temas del Barroco entre los que se hallan el *beatus ille*, el orgullo patrio, el desencanto del mundo pasajero, el rechazo de la pompa y el gusto por lo sencillo, etc.¹⁹ Todo ello sería encauzado apropiadamente en la confección

17. Cfr. Segura, M. de, op. cit., fol. 82r.

18. Lope de Vega, cuya amistad frecuentó, le dedicó las siguientes palabras en su *Laurel de Apolo*:

¡Qué segura que pide La Ríoja
para el famoso Zárate, su hijo,
con justo de las musas regocijo,
todo un laurel, sin que le falte hoja!
tan bien debido cuanto dulce suena
la pastoril avena
que Erato entre bucólicas alaba,
cuando Silvio cantaba
en los bosques sombríos
«Árboles, compañeros de estos ríos...»

Cfr. Lope de Vega, F. *Laurel de Apolo*, ed. A. Carreño, Madrid: Cátedra, 2007, p. 248 (silva III, 259-265). Para mayores datos biográficos sobre López de Zárate, siguen siendo suficientes los artículos de Lope Toledo, J. M^a, «El poeta logroñés Francisco López de Zárate», *Berceo* 23 (1952), pp. 199-240; «Más noticias biográficas sobre López de Zárate», *Berceo* 33 (1954), pp. 465-466; y «Más notas sobre la familia López de Zárate», *Berceo* 34 (1955), pp. 113-114; así como el completo estudio de González de Garay, M^a T., *Introducción a la obra poética de Francisco López de Zárate*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1981.

19. Cfr. Lope Toledo, J. M^a, «Los temas comunes de la época, en la obra de López de Zárate», *Berceo* 26 (1953), pp. 7-40. Para un análisis mayor sobre la obra de este autor,

de la mencionada «Silva a Logroño», poema que fue publicado en las *Varias poesías* que este autor dio a la luz en 1619.²⁰

En esta composición, la voz poética encarna el personaje de Sireno que, después de servir a la patria, se halla ya retirado en Logroño, y a lo largo del poema dirige una cariñosa exhortación a Frondoso, hijo de su antiguo compañero Mirtilo, recién fallecido, al que intenta consolar de la muerte de su padre haciéndole ver lo idóneo de la ciudad de Logroño para aparcar la pesadumbre. La ribera a lo largo de la cual se extiende la ciudad es descrita, como si del Tajo de la Égloga III de Garcilaso se tratase, en términos de un *locus amoenus* de imaginería petrarquista y resabios gongorinos, en el que la exuberancia natural obtiene correlatos de materiales preciosos (cristales y gemas, metales nobles, etc.).

Efectivamente, el texto comienza por describir la riqueza y salubridad de las recursos acuíferos, entre los que sobresale el Ebro, al que va a manar toda esta riqueza natural que, a la postre, es la base del cromatismo que ofrecen las flores, así como del resto de la vegetación y de los frutos del campo, en cuyo consumo se encuentran no pocos deleites de los sentidos. En este punto, López de Zárate introduce un pasaje referido a la conserva y a los vinos blanco y tinto que merece la pena reproducir, en tanto en cuanto constituye un breve apunte de cata en el que la vista da paso al olfato y luego al gusto, con una chispeante paradoja final.

Y pues de lo que callo y lo que digo
ya por ti mesmo puedes ser testigo,
ven, daremos las manos y las frentes
a vena viva de licor sincero,
y en el regazo fresco de la hierba
serán plato sabroso, si ligero,
de sabor grato frutas diferentes,
y algunas de las cosas que conserva
la sal, con néctar libre de malicia,
que el mismo que lo da, lo beneficia;
y en sutil oro o líquidos rubíes
apetito provoca
antes en el olfato que en la boca;
y no consentirá que le desvíes
sin alabanza, cuando no le bebas,
y él mismo se hace sed por si le pruebas.²¹

cfr. Simón Díaz, J., *López de Zárate, 66 poemas inéditos*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1976; y González de Garay, M^a T., op. cit.

20. Cfr. López de Zárate, Fco., *Varias poesías*, Madrid: por la viuda de Alonso Martin de Balboa, 1619. Años después, este libro conoció una segunda edición como *Obras varias*, Alcalá de Henares: María Fernández, 1651. En cuanto a la «Silva», obtuvo buena edición y estudio actuales en «Silva a la ciudad de Logroño», ed. M^a. T. González de Garay, *Calle Mayor* 3 (1986), pp. 37-67.

21. Cfr. López de Zárate, F., op cit., vv. 89-104.

La «Silva» progresa con una vibrante referencia al desaparecido padre de Frondoso para retornar después al desarrollo de la alabanza, dirigido esta vez a las edificaciones de la ciudad (las tres torres primitivas sobre el puente del Ebro, arcos, chapiteles, muros...) de los que se recuerda no sólo su magnificencia, sino su gallardía en resistir a las tropas francesas tiempo atrás. En este punto el caballero de la rosa, que ya había aludido a otras referencias históricas recientes como la mención de Carlos V y Felipe II como reyes de España, introduce otro elemento nuevo en cuanto a la loa de Logroño: la alusión a la presunta ubicación de la antigua demarcación de Cantabria y de la ciudad de romana de Julióbriga en el lugar de la actual capital de La Rioja. Este dato, que abundaría en la antigüedad de la fundación del asentamiento, dentro del repertorio de tópicos señalados por Quintiliano, fue creencia extendida durante mucho tiempo antes de ser refutada.²² Esta alcornica se pone en relación igualmente con la resistencia contra los franceses. Se dice, en referencia al monte Cantabria:

Es tradición, por testimonios cierta,
que esa roja montaña,
árbitro que compuso
diferencias con Francia y con España
un tiempo, dio en su frente
a esas torres cimientos
y población con ellas a los vientos.
Que fue Brigo el primero que los puso,
segundo decendiente
del verdadero Tifis que, obediente,
al cielo contra el cielo en mar se opuso
en la triunfante edad, gloria romana,
Julio, de áspera cumbre a vega llana,
dejándole sus campos y ribera,
la bajó: que varón menos valiente
rendirla no pudiera,
y por esto Julióbriga se llama,
ínclita en hijos, inmortal en fama.²³

A continuación, los versos que siguen ensalzan la magnitud del río Ebro, digno de compararse con el Tíber y testigo de otros episodios de la Antigüedad como la derrota de las tropas de Pompeyo contra las tropas de Julio César. Después, el poema continúa incidiendo en la idea de la bondad de cada momento del año para con la flora, la fauna, la agricultura y la caza, para acabar desembocando en la rememoración del padre de Frondoso, motivo intermitente que articula el argumento y el desarrollo de toda la composición. La parte final de la «Silva» –de la que, por su longitud, apenas hemos podido entresacar un par de citas ejemplificatorias– constituye directamente

22. Cfr. Albia de Castro, F., *Memorial...*, ed. José Simón Díaz, op. cit., pp. 41 y 43.

23. Cfr. López de Zárate, F., op. cit., vv. 451-468.

una consolación al hijo de Mirtilo que entronca con la tradición elegíaca de Manrique y el estoicismo que destila la *Epístola Moral a Fabio*, de Fernández de Andrada.²⁴ Así, el texto de López de Zárate deriva en este punto a un llamamiento a una vida más sencilla y apartada de las pasiones mundanas a fin de poder sobrellevar mejor la pérdida del ser querido.

Sabes cuán fácilmente
en ocio alegre de tranquila calma
separados del mundo hemos vivido.
Sabes de lo que importa en cuánto olvido
mientras, hechas de carne las costumbres,
buscábamos en honras pesadumbres.
Sabes que la inocencia
jamás cupo en ciudades:
que, hallando en sus murallas resistencia,
arrastra hierro o vive en soledades.²⁵

La «Silva» termina con el ofrecimiento de Sireno de dar a Frondoso la mano de su hija, con la que podrá empezar una nueva vida en la localidad que acaba de presentarle con tintes laudatorios mientras le dirigía palabras de consuelo.

Algo más de una década después de la publicación de esta obra del Caballero de la Rosa, vería la luz el tercero de los textos escritos en alabanza de Logroño durante los Siglos de Oro, el *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño* (1633), escrito –como hemos señalado en las líneas introductorias de este artículo– por Fernando Albia de Castro.²⁶

Albia de Castro, que a la sazón fue amigo de Francisco López de Zárate,²⁷ había nacido en Logroño en 1572, aunque pasaría la mayor parte

24. Para una solvente edición de este paradigmático poema, con estudio preliminar de Juan F. Alcina y Francisco Rico, cfr. Fernández de Andrada, A. de, *Epístola moral a Fabio y otros escritos*, ed. Dámaso Alonso, Barcelona: Crítica, 1993.

25. Cfr. López de Zárate, F., op cit., vv. 692-701.

26. El memorial fue originalmente publicado en Lisboa, y conoció reediciones hacia 1843 y en 1953, ésta última gracias a la labor de José Simón Díaz. Ya en el último tercio del siglo XX volvió a ver la luz en una meritoria edición facsimilar. Cfr. Albia de Castro, F., *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*, Lisboa: Lorenço Craesbeeck, 1633; *Memorial y discurso político...*, Logroño: Domingo Ruiz, ¿1843?; *Memorial y discurso político...*, ed. J. Simón Díaz, op. cit.; y *Memorial y discurso político...*, Logroño: Cajarioja-Ayuntamiento de Logroño, 1989. Para un primer acercamiento a este autor y un sintético resumen de esta obra, cfr. Moreno Fernández, J. R., «La historia: Fernando Albia de Castro. *Memorial y Discurso Político por la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Logroño*», en *Historia de la ciudad de Logroño*, Vol. 4, Logroño: Ayuntamiento de Logroño, 1994, pp. 91-96.

27. López de Zárate, de hecho, es autor de uno de los poemas laudatorios situados en el paratexto de la obra.

de su vida fuera de esta ciudad, ya que tras realizar estudios en Salamanca se afincó en la Lisboa de los años previos a la independencia portuguesa de la corona española. En la capital lusa ocupó importantes cargos, como el de Veedor General de la Real Armada y Ejército del Mar Océano y de la Gente de Guerra y Galeras del Reino de Portugal. Bien posicionado social e intelectualmente, le fue otorgado el hábito de la Orden de Calatrava y desarrolló y publicó –también en Lisboa– una serie de obras de carácter político e historiográfico, como la *Verdadera razón de Estado* (1616) o los *Aphorismos y exemplos políticos y militares* (1621), entre otras. Los pocos datos más que tenemos de su vida indican que en 1640 fue preso tras las revueltas que llevaron a la independencia portuguesa y que terminó su vida hacia 1653, sin haber retornado a España.²⁸

El *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*, por tanto, es un trabajo realizado desde la distancia, tanto física como espiritual –y por tanto desde un cierto punto de nostalgia– de la ciudad donde el autor había nacido y en la cual casi no llegó a vivir. En contraste con los pocos años que Albia de Castro vivió en Logroño, la extensión y la profusión de datos que este autor introdujo en su texto, acompañados de numerosas referencias a autoridades, en total consonancia con el tono habitual de la erudición del momento, hicieron que esta obra fuera muy apreciada y hasta aprovechada para algún tratado posterior ya en el siglo XIX, en el que se reprodujo sin mayor discusión algunas de las observaciones del *Memorial*, incluso las de carácter erróneo o legendario.²⁹

El propósito de este encomiástico discurso hacia la ciudad de Logroño era, en un principio, el de reclamar la efectividad de la concesión del voto a Cortes por parte de la Ciudad en aplicación de lo concedido tiempo atrás por Juan II de Castilla. Sin embargo, no debe descartarse en absoluto que Fernando Albia de Castro no quisiera redactar la obra para beneficiarse del prestigio resultante de alabar la ciudad de la que procedía, en cumplimiento exacto de lo señalado por Martín de Segura en su *Rhetorica institutio*. Los Albia de Castro habían sido «pecheros» no mucho tiempo atrás, y habían escalado habilidosamente en la escala social, por lo que su árbol genealógico agradecía cualquier acción destinada a dignificar la estirpe. A este

28. Sobre Albia de Castro y diversos aspectos de su biografía, aparte de las referencias indicadas en la nota anterior, cfr. Simón Díaz, L., «El problema de la “razón de estado” en Albia de Castro», *Berceo* 9 (1948), pp. 483-498; Lope Toledo, J. M^a, «Albia de Castro, el primer historiador de Logroño, recurre contra su ciudad», *Berceo* 34 (1955), p. 112; Simón Díaz, J., «El historiador Albia de Castro y su linaje», *Berceo* 5 (1947), pp. 513-522; Simón Díaz, J., «Albia de Castro en las separaciones de Portugal», *Berceo* 11 (1949), pp. 285-289; y Zamora Mendoza, J., «D. Fernando Albia de Castro, preso en Lisboa», *Berceo* 52 (1959), pp. 387-392.

29. Cfr. Albia de Castro, F., *Memorial y discurso político...*, ed. J. Simón Díaz, op. cit., pp. xxi y xxvii-xxix. En la primera de las páginas referidas se señala lo siguiente: «el *Memorial*, contra lo acostumbrado, daba mucho más de lo que ofrecía y por su amplitud, su erudición y su seriedad fue considerado desde que apareció como una auténtica historia local. La falta de obras análogas fue aumentando progresivamente su valor».

respecto, se dice en resumen del carácter advenedizo de la familia de los Albia de Castro:

El dinero de origen mercantil había encumbrado a la familia Albia y la burocracia absolutista le permitió escalar un peldaño más. [...] Para limpiar sus oscuros orígenes recurrieron a falsificar documentos, a sobornar jueces, a coaccionar testigos y a un buen número de prácticas ilegales, gracias a las que don Fernando, como otros muchos, pudo llegar a ser Cavallero de Calatrava en 1624. Pero otra estrategia fue prestigiar la ciudad de la que procedían. Logroño. Hay que tener en cuenta que el origen geográfico era considerado, entre otros atributos, un blasón más a incluir entre los méritos de cualquier individuo.³⁰

La mención anterior a Martín de Segura no es gratuita, ni mucho menos, en la medida en que a la hora de redactar el *Memorial*, Albia de Castro parte –en su erudición– del conocimiento previo de los dos textos anteriores escritos en alabanza de Logroño, la *Rhetorica institutio* y la «Silva» de Francisco López de Zárate, a los que menciona directamente en su discurso, especialmente en el segundo de los casos, que llega a citar en varias ocasiones.³¹

Sea como fuere, y teniendo en cuenta sus propias características en cuanto a tratado historiográfico que es (mucho más extenso que los otros dos textos, propenso al recurso de autoridad y al excurso ilustrativo, según el uso habitual de la erudición del momento), el patrón retórico que hemos establecido como marco de referencia, se cumple igualmente en esta obra.

El *Memorial* empieza con una declaración de intenciones que indica el objetivo de reivindicar la «activación» del voto a Cortes que hemos mencionado, para lo cual servirá el recopilar por escrito todos los méritos que han hecho a la ciudad ser merecedora del mismo. Éstos –explicita el autor– corresponden a una serie de ámbitos temáticos que son enumerados desde el comienzo mismo del tratado y que responden, como estamos señalando, al conjunto de lugares comunes con los que ha de ser ensalzada una ciudad:

Habiendo entendido trata V. S. que el Rey nuestro Señor, que Dios guarde sea servido mandar tenga efecto la merced que el Rey don Ioan el segundo otorgó a V. S. de voto en Cortes de los Reinos de Castilla, por recompensa de los muchos y calificados servicios que V. S. le hizo, continuando el amor y la verdadera lealtad con que siempre asistió a los Reyes uss antecesores, me ha parecido, por hijo de V. S. y la obligación que cada cual tiene (según Platón) de servir a su patria, naciendo más para ella que para su bien particular, recoge este memorial, comentario, o fragmentos panegíricos, lo que he ballado de la antigua fundación de V. S., su nobleza, sitio y grandeza, varias cosas de mucha estimación y autoridad, hechos heroicos, acciones valerosas y prudentes de sus hijos en servicio dela verdadera religión, amor y fidelidad de sus Reyes, no sólo en defensa propia, sino en beneficio común de todo el Reino, y quizá

30. Cfr. Moreno Fernández, J. R., art. cit., p. 95. La cursiva procede de la fuente.

31. Cfr. Albia de Castro, F., *Memorial y discurso político...*, ed. J. Simón Díaz, op. cit., pp. 55-56, 58, 63 y 86-87.

de la conservación de su libertad, tocando algo de los privilegios, favores y esenciones con que sus Reyes honraron y premiaron su valor y constancia, y algo también del agravio, daño y sentimiento de V. S. en no guardárselo, y la obligación que hay a su cumplimiento [...]»³²

A partir de esa declaración, el *Memorial* realiza una descripción general de la división del mundo, en el que alaba progresivamente a Europa y a España, para luego centrar su atención en la región de Cantabria, su historia y, ya por fin, en Logroño, como heredera –según la creencia antes comentada– de la capital cántabra de Julióbriga. Albia de Castro, tras ese apunte sobre la antigüedad y respetabilidad de la ascendencia de la ciudad, empieza su albanza por el tópico de la salubridad y feracidad de la ubicación. Logroño, según su descripción, presenta numerosos beneficios debido a sus aires puros, frescos y apacibles; su fértil tierra, apta para el sustento humano y abundante en flores, copiosa en árboles, y proveedora de vinos «muy regalados», aceite y seda (sic), productos con los que «provee a sus vecinos hasta el mar en gran cantidad y así mismo a los de parte de tierra». Igualmente, Albia de Castro pondera la abundancia de las fuentes, las huertas y jardines, así como los caudales que los nutren: los ríos Ebro e Iregua. Al primero de ellos destina el capítulo siguiente y resalta el gran puente que lo cruza.³³

A continuación, tras dedicar otro capítulo a vincular Logroño a la antigua Julióbriga, el *Memorial* incorpora un elemento nuevo al ejercicio de loa a la ciudad. Si Martín de Segura ya había mencionado la resistencia frente al ejército francés y López de Zárate había incorporado mayores referencias a la antigüedad y la propia identificación con Julióbriga, Albia de Castro introduce como nueva distinción del lugar el hecho de que Santiago, patrón de España, predicase en esta población, con lo que se añade al conjunto la presencia hagiográfica que señalábamos en la introducción de este artículo. En el mismo sentido, el capítulo posterior reafirma la presencia de personajes ilustres al afirmar que don Pelayo se refugió en Logroño tras los años de pérdida territorial que sucedieron a la pérdida de España en por parte del rey don Rodrigo en la batalla de Guadalete.³⁴

En los capítulos siguientes se mencionan como aspectos dignos de mención de la ciudad la iglesia de Santiago el Real y la presencia de la orden de caballería de Santiago, el hecho de que el primer monasterio de San Francisco se construyese también en los términos de la ciudad, convento de San Francisco, la valía del pintor Navarrete el mudo y la valentía del capitán Gaona, la toma de partido de Logroño por el rey don Pedro «el Cruel» contra Enrique de Trastámara y la concesión del voto en Cortes por Juan II de Castilla.³⁵

32. Ibid., p. 31. La cursiva es nuestra.

33. Ibid., pp. 57-58.

34. Ibid., pp. 68-81.

35. Ibid., pp. 82-123.

La parte casi final del *Memorial* recopila «cosas varias» de la ciudad divididas en los órdenes eclesiástico y seglar. En el primero de ellos, se describen las otras iglesias más importantes aparte de Santiago el Real: Nuestra Señora de La Redonda, Nuestra Señora de Palacio (de cuya aguja incluye Albia de Castro un encarte desplegable), el tribunal de la Inquisición y el llamado «palacio del obispo». De lo seglar, Albia de Castro pasa revista a la nobleza Logroñesa, ejemplo de muchas virtudes sobre las que diserta.³⁶

Cierra el tratado un extenso capítulo –el más largo de toda la obra– encaminado a relatar por extenso la resistencia contra el cerco francés en 1521, que sirve como última razón del argumentario por el que se pide la consideración del voto logroñés a Cortes:

Que Logroño no se apercibió ni previno solo para pelear, sino que peleó, se defendió, maltrató, e hizo retirar un ejército de franceses arrogantes por naturaleza, y entonces más por el buen suceso que tuvieron en Navarra. No hizo servicios cortesanos y de Palacio, sino con mucho derramamiento de sangre, pérdida de vidas y gran asolación de haciendas, fue fiel, valeroso y constante, y muy rogado (así lo oí decir a los antiguos de aquel tiempo) por ciudades, lugares y personajes a seguir con ellos la comunidad, bastante todo esto para reconocer el reino lo que le debe y ayudar se le guarden las honras y franquezas recibidas de sus reyes, en premio, satisfacción y paga de ello...³⁷

Hemos elegido este fragmento para concluir la revisión del último de los tres textos en alabanza de Logroño escritos durante los Siglos de Oro, en la medida en que resulta reveladora la declaración de que la valía de la ciudad no se debe a mañas «cortesanas», sino a méritos verdaderos y demostrados como los que se han ido enumerando en las páginas anteriores. Sucede lo mismo en el resto de humanistas que dedicaron unas líneas a loar sus lugares de origen. El tópico del *laus urbis*, desarrollado retóricamente en los términos descritos, y tal y como hemos señalado en las páginas con las que comenzaba este artículo, no es una alabanza de la aldea en sí, sino una manera de presentar unas ciudades –con todas sus ventajas urbanísticas y culturales– que no participan de los defectos de la Corte que, más que un lugar físico, llega a ser, en su presencia latente y vitanda, un «lugar moral» en el que cifrar todos los vicios de la vida social más avanzada. Así, las diversas «patrias chicas» de las que procedían los escritores áureos se sentían, a pesar de tratarse de florecientes espacios urbanos, mucho más cercanas en virtudes a la idealizada «aldea» de Antonio de Guevara que a la Corte, caracterizada por las relaciones entre personas basadas en la envidia o la hipocresía, según se puede concluir del texto de este autor, así como de otras no menos célebres piezas de nuestra literatura como la también mencionada *Epístola Moral a Fabio*.

Los autores partían de esta concepción para desarrollar unos textos destinados no sólo a la reivindicación local no cortesana, sino también como

36. Ibid., pp. 125-144.

37. Ibid., p. 145-180. La cita proviene de la p. 174.

una suerte de autoreivindicación, en la medida en que ser hijo de dichas ciudades permitía contagiarse del prestigio emanado del argumentario que ellos mismos escribían para ensalzarlas. Con estos propósitos, los escritores seguían en líneas generales los patrones del modelo retórico propuesto por Quintiliano sobre los elementos de los que debería constar la alabanza a una ciudad (raíces antiguas, riqueza natural, monumentos, etc.), a los que en el caso de la ciudad de Logroño se sumaba la legendaria vinculación a Cantabria y Julióbriga, el rastro del apóstol Santiago, el paso de don Pelayo y algunos otros episodios de la historia más reciente, entre los que no falta la obligada mención de la prestigiosa victoria sobre el ejército francés en 1521, que aparece en los tres textos que hemos podido presentar en estas páginas.

El discurso ejemplificatorio de Martín de Segura, el poema de López de Zárate y el tratado histórico de Albia de Castro son tres obras pertenecientes a tres tipos de texto distintos, estilos distintos e intenciones –en una primera instancia– también distintas (proporcionar un ejemplo oratorio, proponer una consolación dentro de un marco poético, reclamar la efectividad de un mecanismo político). Sin embargo, en su urdimbre y en su proceso creativo, más allá de las diferencias puntuales, late claramente el sustrato cultural común de la Retórica, como ha podido comprobarse.

Faltarían muchos años para que la ciudad de estos tres autores recibiese las alabanzas nostálgicas de lo provinciano del «piropito» que le dedicó en 1955 el escritor y guionista Rafael Azcona,³⁸ en el que los aires, el agua y las iglesias, así como la heroica resistencia al invasor dejaban paso a la añoranza de las cafeterías logroñesas, las sociedades gastronómicas, el Espolón y los paseos por los puentes (ya en plural) sobre el Ebro; mas, con los tres ejemplos áureos a los que hemos acudido, hemos podido comprobar cómo la ciudad de Logroño recibió en los Siglos de Oro las mismas atenciones encomiásticas que otras ciudades de la piel de toro desde un modelo de desarrollo de un tópico recogido y elevado a la categoría de *summa* por Quintiliano, nacido quince siglos antes a no mucha distancia de la capital de La Rioja.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBIA DE CASTRO, F., *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*, Lisboa: Lorenzo Craesbeeck, 1633.
- , *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*, Logroño: Domingo Ruiz, ¿1843?
- , *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*, ed. J. Simón Díaz, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1953.

38. Cfr. Azcona, R., «Piropito a Logroño», *Rioja Industrial. Revista Ilustrada de Literatura e Información* 31 (1955), pp. 73-75.

- , *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*, Logroño: Cajarioja-Ayuntamiento de Logroño, 1989.
- ANDRÉS, G. de, *El maestro Baltasar de Céspedes, humanista salmantino y su Discurso de las letras humanas, también llamado El Humanista. Estudio biográfico y edición crítica*, Madrid: Real Monasterio de El escorial, 1965.
- ANTONIO, N., *Bibliotheca Hispana Nova*, Madrid: Juan de Ibarra, 1783.
- AZCONA, R., «Piropito a Logroño», *Rioja Industrial. Revista Ilustrada de Literatura e Información* 31 (1955), pp. 73-75.
- FERNÁNDEZ DE ANDRADA, A. de, *Epístola moral a Fabio y otros escritos*, ed. Dámaso Alonso, Barcelona: Crítica, 1993.
- GUEVARA, A. de, *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, Madrid: Juan de Villaquirán, 1539.
- GONZÁLEZ DE GARAY, M^a T., *Introducción a la obra poética de Francisco López de Zárate*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1981.
- KENNEDY, G. A., *La Retórica clásica y su tradición cristiana y secular desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2003.
- LOPE DE VEGA, F. *Laurel de Apolo*, ed. A. Carreño, Madrid: Cátedra, 2007.
- LOPE TOLEDO, J. M^a, «El poeta logroñés Francisco López de Zárate», *Berceo* 23 (1952), pp. 199-240.
- , «Los temas comunes de la época, en la obra de López de Zárate», *Berceo* 26 (1953), pp. 7-40.
- , «Más noticias biográficas sobre López de Zárate», *Berceo* 33 (1954), pp. 465-466.
- , «Más notas sobre la familia López de Zárate», *Berceo* 34 (1955), pp. 113-114.
- , «Albia de Castro, el primer historiador de Logroño, recurre contra su ciudad», *Berceo* 34 (1955), p. 112.
- LÓPEZ DE ZÁRATE, Fco., *Varias poesías*, Madrid: por la viuda de Alonso Martin de Balboa, 1619
- , *Obras varias*, Alcalá de Henares: María Fernández, 1651.
- , «Silva a la ciudad de Logroño», ed. M^a. T. González de Garay, *Calle Mayor* 3 (1986), pp. 37-67.
- MERINO JEREZ, L., «El Brocense en la *Rhetórica* de Juan de Guzmán (Alcalá de Henares, 1589)», *Anuario de estudios filológicos* 25 (2002), pp. 297-313.
- MORENO FERNÁNDEZ, J. R., «La Historia. Fernando Albia de Castro: Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño», en *Historia de la ciudad de Logroño*, Vol. 4, Logroño: Ayuntamiento de Logroño, 1994, pp. 91-96.

- PÉREZ CUSTODIO, M^a V., «Sobre los ingresos de los catedráticos de retórica de Alcalá en la segunda mitad del XVI», *Calamus renascens* 1 (2000), pp. 277-298.
- PÉREZ PASTOR, J. L. y J. SÁENZ HERRERO, «Retórica y poética: dos disciplinas convergentes en la tradición humanística», en *'Pectora Mulcet' Estudios de Retórica y Oratoria latinas*, eds. T. Arcos Pereira *et al.*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2009, vol. 2, pp. 869-880.
- RAMAJO CAÑO, A. «Notas sobre el tópico de "laudes" (alabanzas de lugares): algunas manifestaciones en la poesía áurea española», *Bulletin Hispanique* 105 n^o 1 (2003), pp. 99-118.
- SEGURA, M. de, *Grammatica institutio*, Alcalá de Henares: Ioannes Iñiguez a Lequerica, 1580.
- , *Rhetorica institutio*, Alcalá de Henares: Ioannes Iñiguez a Lequerica, 1589.
- SIMÓN DÍAZ, J., «El historiador Albia de Castro y su linaje», *Berceo* 5 (1947), pp. 513-522.
- , «Albia de Castro en las separaciones de Portugal», *Berceo* 11 (1949), pp. 285-289.
- , *López de Zárate, 66 poemas inéditos*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1976.
- SIMÓN DÍAZ, L., «El problema de la "razón de estado" en Albia de Castro», *Berceo* 9 (1948), pp. 483-498.
- SOBRARIAS, J., *Alabanzas de Alcañiz: discurso del alcañizano Juan Sobrarias pronunciado ante el senado de la villa en el año del Señor de 1506*, ed. José María Maestre Maestre, prólogo Luis Gil, Alcañiz-Cádiz: Instituto de Estudios Humanísticos-Instituto de Estudios Turolenses-Universidad de Cádiz, 2000.
- SILES, J., «De la lira a la silva», en *Paraíso cerrado. Poesía en lengua española de los siglos XVI y XVII*, eds. J. M^a Mico *et. al.*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2003, pp. 7-18.
- ZAMORA MENDOZA, J., «D. Fernando Albia de Castro, preso en Lisboa», *Berceo* 52 (1959), pp. 387-392.